

PRIMERA PARTE
CAMPSA NACIO ASI: 1927

CAPITULO I

ANTECEDENTES
GEOLOGICO-
HISTORICOS

*«¡Petróleo!
¡Benéfico petróleo,
de la humanidad el máspreciado tesoro!*

*¡Petróleo!
¡Repugnante petróleo,
generador de sangre, sudor, lágrimas y fatigas!*

*Creo leer en el cielo:
Los que para el petróleo viven,
por el petróleo mueren!»*

Sir Alan HERBERT
(“Punch”, 1941)

INTRODUCCION NECESARIA

¡Petróleo! ¡Oro negro que los pueblos primitivos encontraron entre los productos de la naturaleza!. Producto singular, descubierto definitivamente al mediar el siglo XIX, puede considerarse hoy como la piedra filosofal del siglo XX y del próximo. Aceite mineral, de ahí la composición latina de su nombre (piedra-óleo), mezcla licuada de hidrocarburos, de misteriosa y discutida formación, lo guardaba la corteza terrestre desde la prehistoria y la pregeología. En el Asia Menor y el Oriente Mediterráneo, donde florecen las primeras culturas, susceptibles de ser transmitidas, no de fosilizarse en pura arqueología, aparecen los primeros yacimientos espontáneos de aceite mineral combustible. Moisés habla de un asfalto, sin duda petrolífero, descubierto en las desoladas riberas del Mar Muerto. También en la Babilonia legendaria utilizaban, según anota Herodoto, un betún traído de las riberas del Eufrates, como mortero para unir piedras y mosaicos, en sus murallas y edificaciones monumentales. Se sabe que los egipcios faraónicos utilizaban el misterioso aceite para embalsamar o momificar los cadáveres de sus muertos. Plinio habla de un manantial petrolífero en Agrigento, que suministraba combustible a las lámparas que utilizaban los habitantes de Sicilia. Y el aventurero veneciano del siglo XIII, Marco Polo, cuenta en el libro de sus maravillosas aventuras orientales (cuya realidad geográfica ha sido recientemente confirmada) que había visto el empleo de la nafta natural para el alumbrado de la ciudad de Bagdag, a donde llegaba desde el golfo Pérsico a lomos de camellos. A este aceite combustible lo llamaban los bizantinos "fuego griego". Y también se supone (ya es suponer) que Noé utilizó el petróleo para calafatear su Arca flotadora sobre las aguas del Diluvio.

Pasaron siglos sin que el petróleo que se mostraba en la superficie de la tierra, en muy diversos meridianos, dejase de ser un producto natural, con simples y muy limitadas aplicaciones. Los pieles rojas de Ohio y Pensilvania, utilizaban el aceite mineral como pintura para decorar la piel de sus guerreros. Y los aztecas precortesianos, entre Tampico y Veracruz, conocían unos yacimientos naturales de petróleo llamados por los soldados de Cortés, "chapapóteras", que en el siglo XIX fueron explotadas en Cuguas, nombre toponímico azteca, que significaba "aceite negro". Entretanto los alquimistas del siglo XVIII, buscaban afanosamente en sus laboratorios (con más magia y fantasía que ciencia), la inexistente piedra filosofal, capaz de transmutar en oro los metales deleznales.

ORO ES LO QUE ORO VALE

Así reza un viejo refrán castellano, que ya pudo repetir Sancho, en sus pláticas con don Quijote, durante sus andanzas por la Mancha, en un capítulo cualquiera del libro inmortal. "Oro es lo que oro vale" y el petróleo vale más. Ese producto natural ("benéfico petróleo o repugnante petróleo", en decir del poeta) aportó y sigue aportando a la economía universal y al progreso humano, como propulsor de la gran industria, valores muy superiores al convencional del oro, cuyo brillo inoxidable, deslumbró y fascinó a los pueblos primitivos. Dedicado a la construcción de ídolos y al adorno de las hembras, al fomentar el fanatismo, la codicia y la vanidad, fomentaba también la propia esclavitud.

Al mediar el siglo XIX, con una diferencia de escasos diez años se producen en dos estados de Norteamérica, (California y Pensilvania) dos acontecimientos, dos importantes descubrimientos: el oro y el petróleo, que iban a cambiar muchas cosas y hasta el rumbo de aquel gran país, con repercusión en todo el llamado mundo Occidental.

En el mes de enero de 1848, un azadonazo del bracero James W. Marshall cuando se disponía a cavar los cimientos para una serrería en la finca "Nueva Helvecia", del valle del Sacramento (California) propiedad del hacendado suizo Juan Augusto Suter, descubría unas pepitas de oro que allí estaban enterradas desde las primarias transformaciones geológicas del gran continente con ribera al océano Pacífico. El acontecimiento (lo novela con garbo imaginativo el escritor francés Blaise Cendrás, en su libro de los años veinte "El oro"), fué la total ruina del rico granjero que en veinte años de heroico esfuerzo, había logrado la mayor y mejor finca, productora de cereales, frutas y hortalizas, de la cuenca del río Sacramento. Al descubrirse las primeras pepitas del metal aurífero se produjo la catástrofe: sus pastores abandonaron los rebaños; sus colonos las viñas y los frutales traídos de Europa. Las vacas lecheras se morían de hambre y los tubérculos se quedaban en la tierra sin recoger. Fueron llegando como humanas langostas armadas de picos y azadones, legiones de aventureros de todo el mundo, contagiados por una terrible enfermedad psíquica: la "fiebre del oro". Pronto comprendió el granjero Suter, que el descubrimiento del oro en sus tierras, lo había arruinado definitivamente. La "fiebre del oro" que satirizaría "Charlot" en su filme famoso "La quimera del oro", se mantuvo en California por un período de quince años.

Cuando aún mantenía su virulencia (1859) se producía al norte del país, (estados de Ohio y Pensilvania) otro acontecimiento. Otra "fiebre" menos espectacular que la del oro, pero más duradera: los primeros pozos para extraer petróleo, el "oro negro" del subsuelo. Los yacimientos auríferos de California se fueron agotando y poco a poco remitió la epidemia. El petróleo sigue aflorando a la superficie en varios continentes. La "fiebre" del petróleo no remite. Se ha convertido en una endemia universal. Después del primer siglo de explotación, cada año que pasa interviene más decisivamente en la economía del mundo. Hoy es la principal fuente de energía, mientras el sol y el átomo no le arrebatan la supremacía. Ha transformado países orientales de suelo desértico, en los más ricos del mundo. El petróleo que mana en abundancia del subsuelo, los convierte en árbitros de la gran industria de Occidente. Ellos saben que sin sus crudos y sus "petrodólares", no marchan los automóviles de carga y turismo, los barcos, los aviones, los tanques de guerra y los cohetes espaciales. Sin Petróleo, el progreso de la gran técnica sería imposible. Con solo "cerebros" electrónicos no habría llegado el hombre a la luna.

DOS PIONEROS DEL PETROLEO

El primero que sobresale en la historia es el norteamericano Edwin L. Drake, hombre que conocía la técnica de la perforación de pozos para obtener agua y la aplicó con éxito a la extracción de petróleo. En el verano de 1859 construyó cerca de Titurville (Pensilvania) un pozo que al principio llamaban los habitantes de la región, la "locura Drake". Pero al 27 de agosto la "locura" resultó rentable. El petróleo afloró por su propio impulso de una profundidad de 69 pies. Drake había descubierto el primero de los grandes campos petrolíferos del mundo. Hasta entonces había sido un vagabundo al que se conocía por el "coronel" aunque no había pasado de interventor de los ferrocarriles. Pronto instaló una bomba y el pozo empezó a producir 30 barriles diarios, lo que suponía unos 600 dólares por jornada. Allí empezó todo.

Del petróleo solo se extraía entonces el keroseno que pronto desplazó en el mercado al que se obtenía trabajosamente del carbón. Cinco años después, Inglaterra, Francia y Alemania, eran los principales importadores del keroseno americano. Pronto descubrieron yacimientos de petróleo Canadá y Alemania.

La industria del petróleo en Pensilvania a fines de siglo, se desarrollaba lentamente, en poder de pequeños industriales. Se necesitaba una reorganización y grandes inversiones. En ese momento llega John D. Rockefeller y funda la primera gran compañía americana para la explotación y exportación del petróleo: La Standard Oil Company, de la que Rockefeller sería director general. Fue el primero en comprender que las posibilidades del petróleo eran ilimitadas. Unos años después empieza la que se llamó "guerra del petróleo" de la que dice Robert Enríques, "no era una actividad que pueda ser juzgada hoy por gente civilizada".

El otro pionero del petróleo surgió en el Oriente Medio. El joven turco Sarkis Gulbenkian, nacido en Constantinopla. A los 17 años ingresaba en el Kin's College de Londres, donde más tarde se gradúa como ingeniero civil. Ya en 1871 un grupo de geólogos alemanes que habían visitado Bagdad y Mosul en Mesopotamia, habían anunciado abundantes yacimientos de petróleo. El joven Gulbenkian conoció el informe geológico y concibió un magno proyecto. Después de muchas especulaciones y dificultades políticas, Gulbenkian conseguía unir los Bancos Nacionales de Inglaterra y Alemania para construir en 1911 la gran empresa Turkish Petroleum Company en la que participaban Henri Deterding y la Shell. La empresa obtuvo del gran visir las concesiones de Bagdad y Mosul. Pero el sueño del gran pionero, verdadero genio de las finanzas conocido por "Mr. Cinco por ciento", fué desbaratado por la guerra de 1914. Lord Carson escribió: "La posteridad podrá decir que los aliados llegaron a la victoria, sobre una ola de petróleo". Otro tanto y con mucha más razón, ya que la "caballería" era mecanizada, se podría decir de la segunda guerra mundial de los años cuarenta. Fué en efecto la falta de petróleo el factor decisivo en la derrota de Alemania y sus aliados.

A partir de la primera guerra europea escribe Christofer Tugendat, "el petróleo dejó de ser una fuente de ingresos para especuladores y se convirtió en una industria básica y en una materia prima de vital importancia estratégica e industrial". Hoy mueven el mundo los motores de combustión de sus diversos tipos y sistemas. El petróleo revolucionó el mundo de la técnica al hacer posible el perfeccionamiento del motor de explosión. Es el factor determinante de una nueva geopolítica y sigue condicionando la economía universal.

Cuando las circunstancias nos obligan a meditar sobre temas de tecnología y energética, sobre la realidad científica o intelectual de nuestro tiempo, es forzoso volver a nuestro Ortega y Gasset, único filósofo europeo del siglo XX que, sin desdeñar la lógica, la erudición y la metafísica, no se olvidó que era un hombre del primer siglo tecnológico de la Historia y que como tal vivía sobre la corteza de un planeta del sistema solar, que ya hemos logrado contemplar desde la luna, pero que, por ahora, aún no se vé la posibilidad de abandonarlo. El filósofo escribió en una de las meditaciones de su obra ("Técnica y Humanidad") que "la ciencia brota de la misma raíz que la poesía: del don imaginativo".

ENTRA EN ESCENA CALVO SOTELO

Aunque la causa del viaje no se ha revelado, la noche del 13 de septiembre de 1923, la pasa don José Calvo Sotelo, en un vagón de primera del tren expreso Asturias-Madrid, tomado en la estación terminal de Gijón. Calvo Sotelo, nacido en Tuy (Pontevedra) en 1893, cuenta en ese momento treinta años. Es abogado del Estado, número uno de su promoción. Había sido joven mau-

rista y diputado por Carballino (Orense) en 1919. No era por tanto ajeno a las inquietudes políticas que en aquel mes de septiembre agitaban la opinión pública española.

Ya a la salida de Gijón, el joven viajero ha visto en la pizarra de un periódico, noticias inquietantes sobre inminentes sucesos político-militares. No suponía el joven ex-maurista que el Gobierno liberal presidido por García Prieto, que había sido constituido en el mes de mayo, con Romanones en Justicia; Santiago Alba en Estado; Alcalá Zamora en Guerra y el reformista Pedregal en Hacienda, iba a ser el último constitucional de la monarquía de Alfonso XIII. Pero si sabía que un grave estado de anarquía se apoderaba del país (solo en Barcelona se habían producido en los últimos cuatro meses 34 muertos por atentados, una de cuyas víctimas era el máximo dirigente del Sindicato Unico, Salvador Seguí, "Noy del Sucre"). La política tradicional, iniciada en el dúo Cánovas-Sagasta, estaba dando pruebas de un lamentable fracaso. Era evidente que en toda España se temía y se esperaba un golpe militar, que podía venir de Barcelona. Lo que ni sospechaba el joven Calvo Sotelo al iniciar en Gijón su viaje, era el nombre del general que en aquella noche histórica, signada con el número fatídico para los supersticiosos, iba a cambiar los destinos del país.

Mientras el tren entraba en la meseta de Castilla la Vieja y en los andenes de las estaciones de León, Palencia, Venta de Baños, se veían en las altas horas de la noche, abundantes e inquietos trasnochadores, Calvo Sotelo, que no había conseguido cama en el tren, conversaba con distintas personas coincidentes en el departamento.

Durante la excesiva parada del convoy en Venta de Baños, uno de sus circunstanciales interlocutores, que resultó ser militar y estar informado de lo que se tramaba en Barcelona, adquirió la suficiente confianza con el joven abogado, para revelar el secreto. Allí se enteró de que el jefe del levantamiento era el general Primo de Rivera, capitán general de la cuarta Región Militar. Con mucho misterio le mostró el militar compañero de viaje, un ejemplar del famoso Manifiesto. "Al país y al ejército". Carta magna de la Dictadura que aquella noche se habría dado a la publicidad en Barcelona. A la no muy clara luz de una bombilla de la estación ferroviaria de Venta de Baños, leía Calvo Sotelo por primera vez, el texto que empieza: "Españoles: Ha llegado el momento, para nosotros más temido que esperado (porque hubiéramos querido vivir siempre en la legalidad y que ella rigiera sin interrupción la vida española), de recoger las ansias, el clamoroso requerimiento de cuantos, amando a la Patria, no ven para ella otra salvación que libertarla de los profesionales de la política, de los hombres que por una u otra razón nos ofrecen el cuadro de desdichas e inmoralidades que empezaron el año 98 y amenazan a España con un fin próximo, trágico y deshonroso..."

La lectura del largo documento, que Fernández Almagro califica de “relación heterogénea de intuiciones y anhelos, desplantes y alagos, censuras muy violentas, promesas harto ligeras y soluciones demasiado expeditivas”, confiesa Calvo Sotelo que le produjo “impresión profunda que jamás olvidaré”; en aquellos renglones latía un temperamento impulsivo, dominador, todo fibra y músculo; poco tiempo después pude estudiarlo de cerca. El estilo vibrante retrataba al hombre, léxico viril, conceptos rotundos, imprecaciones valientes, era el ropaje con que se presentaba ante el país aquel en quien los mejores y más puros ideales ardían, aliados con un don natural de mando que la Historia habrá de discernirle como la más preciada de sus cualidades...”

Cuando amanecía el otoñal día 14 de septiembre el tren se acercaba a El Escorial. Una hora después el convoy entraba solemnemente en la estación de Príncipe Pío. Calvo Sotelo observó un extraño apasionamiento en las personas que en los andenes esperaban a familiares y amigos. Se percibía un raro ambiente hasta en las caras de los astures mozos de estación. Un vendedor repartía periódicos de varias tendencias políticas. Pronto pudo comprobar el ex-diputado por Carballino, que en todas las primeras planas aparecía íntegro el Manifiesto, “Al país y al Ejército” firmado por Primo de Rivera, cuyo texto había leído él a la luz de una turbia bombilla de la estación castellana de Venta de Baños. España amanecía bajo la Dictadura militar. Lo que no podía ni sospechar el joven abogado y economista, que pronto sería el hombre de confianza del Dictador, su Ministro de Hacienda y cuatro años después (1927) fundador del Monopolio de Petróleos y de la Compañía Arrendataria del Monopolio de Petróleos (CAMPSA). Eso en la mañana del 14 de septiembre de 1923 todavía no es historia. Pero los planes del destino son inexcrutables.

CALVO SOTELO EN LA ORBITA DEL DICTADOR

Habían pasado diez días desde el golpe de Estado. Desde la madrugada en que Calvo Sotelo entrara en Madrid en el tren del Norte, preocupado y esperanzado, como la mayoría de los españoles. Habían transcurrido diez jornadas desde el día en que apareciera un asterisco separador en el texto de la Historia de España. El joven gallego recibía una comunicación en que se le rogaba acudiese a la Presidencia del Consejo, en el número 3 del Paseo de la Castellana. Agrega Calvo Sotelo en su relato de los hechos, que Primo de Rivera había sabido de él por el marqués de Cavalcanti.

Era una tarde otoñal. El joven político no podía evitar su satisfacción al bajar por la calle de Goya. Pasa directamente a la entrevista. El dictador le espera en su despacho. Fué un diálogo breve y concreto. El propio protagonista lo recoge así: "Me dicen que ha realizado usted especiales estudios sobre problemas de Régimen Local. Desearía que me expusiera sus puntos de vista". La respuesta fué de total ortodoxia castrense: "A sus órdenes mi general".

El dictador que acababa de instalarse en Madrid estaba gratamente impresionado. Sonriente agregó: "Como la materia es árdua, le dedicaremos más tiempo del que ahora tengo disponible. ¿Es usted madrugador?" Calvo Sotelo contestó decisivo: "Si hace falta, sí". Y el general: "Pasado mañana viernes a las siete de la mañana, le espero en el Ministerio de la Guerra". El joven se levantó. "Encantado y hasta pasado mañana". El propio Calvo Sotelo corrobora que las relaciones de amistad y leal colaboración habían comenzado.

En la mañana del viernes septembrino, cuando los pájaros iniciaban sus gorgoros de alborada en los viejos árboles de la frondosa colina de Buenavista, (antigua finca del corregidor Juan Fernández) y los traperos madrileños cruzaban en sus carrillos, tirados por asnos, con collera de cascabeles la solitaria plaza de Cibeles, el joven Calvo Sotelo, un tanto alucinado por la trascendencia de su misión, subía con una voluminosa cartera, hacia el edificio reconstruido por el general Prim, dedicado desde 1847 a Ministerio de la Guerra. El Dictador lo recibió inmediatamente. Lo mandó pasar a su habitación. A la izquierda del lecho tenía un "bureau" repleto de papeles no muy ordenados. En pijama y pantuflas, escribía sin cesar. A juzgar por la cantidad de cuartillas debía llevar varias horas trabajando. La exposición del joven abogado duró dos largas horas. El general escuchaba y tomaba notas. Al final, resume Calvo Sotelo: "Yo tracé las líneas de un nuevo régimen local ciudadano, anticaciquil; democrático, de representación proporcional; voto de la mujer; supresión de los recursos gubernativos; autonomía municipal plena; desaparición de concejales interinos y de alcaldes de Real Orden". Después de éstas consideraciones Calvo Sotelo agrega: "Al abandonar la estancia o alcoba presidencial, corridas las diez de la mañana, sentíame jubiloso. Había conocido al dictador; le había convencido de la necesidad urgentísima de acometer con arado de desfonde, la transformación de nuestra vida municipal". Pudo pensar que había entrado en la Historia de España.

Las siguientes actividades político-administrativas de Calvo Sotelo, al frente de la Dirección General de Administración Local, (su primer cargo en la Dictadura), lo llevan en 1925 a ocupar el Ministerio de Hacienda, en aquel primer Gabinete civil propuesto al Rey por el general Primo de Rivera.

A los dos años de dictadura militar, el dictador convencido sin duda de su ineficiencia, se proponía, con ingenua buena fé, dar un nuevo rumbo a la política del país, a base de hombres civiles y técnicos que admitiesen el ende-

ble Partido Unico, prefabricado por el dictador y sancionado por el Rey, denominado Unión Patriótica, nutrido de políticos fracasados o mediocridades dominadas por un desmedido afán de notoriedad.

En su libro "Mis servicios al Estado", el ya Ministro desde el 8 de diciembre de 1925, Calvo Sotelo, remarca con toda claridad el carácter de las relaciones entre el Directorio establecido el 13 de septiembre de 1923 y el Rey Alfonso XIII. "La dictadura—escribe—era un hecho cierto y positivo, y quien la encarnaba —el general Primo de Rivera— la ejerció sin trabas de ningún género. ¿Por qué? porque en realidad el dictador asumió el Poder legislativo conjuntamente con el ejecutivo. Y el Rey, que era el Poder moderador, no pudo impedir el hecho histórico, porque los resortes normales de los órganos constitucionales, tal como se hallaban estructurados el 13 de septiembre, eran incapaces de la menor reacción. No es que les faltase savia capital; es que además les asfixiaba la indiferencia cuando no la hostilidad de todo el país". Y agrega: "Una vez consumada la confusión de poderes, el moderador no tuvo opción: había que sancionar los actos del ejecutivo-legislativo". ¿Que podía hacer el Rey, aún en el supuesto de que odiase al dictador?". Todo esto demuestra que, aunque compenetrado con la obra de la Dictadura, Calvo Sotelo no ha perdido su conciencia de hombre civil y político, que en plena juventud había sido diputado por la circunscripción orensana de Carballino. Se diría que aceptaba los hechos consumados como una imposición que el destino había dedicado a España. Quizá como una penitencia por sus muchos pecados políticos.

Cuando dos años después de que Calvo Sotelo ocupara el Ministerio de Hacienda, acomete iniciativas de amplio alcance, encaminadas al saneamiento de la economía por el impuesto único; la lucha contra la ocultación fiscal; la consolidación del Tesoro; el saneamiento de la Deuda exterior; la reforma de la tarifa de utilidades y fundación de los Bancos de Crédito Hipotecario y de Crédito Industrial, se inicia una nueva etapa de las relaciones Ministro de Hacienda-dictador. Es cuando José Calvo Sotelo, entra de lleno en la médula de este trabajo histórico sobre una empresa nacional —CAMPSA— que tuvo su cimiento en una decisión de la que fué el Ministro, principal protagonista. Es Calvo Sotelo, con profética visión de ministro, de estadista y economista, quien en 1927 — pese a las limitaciones que suponía el régimen dictatorial vigente— concibe, estudia y lleva hasta la Gaceta oficial, la creación del español Monopolio de Petróleos y el Contrato del Estado con la Compañía Arrendataria, (Real Decreto 113, de 28 de junio de 1927). Este paso es fundamental y decisivo para quien ha de escribir la historia o biografía de la empresa—una institución básica de la economía nacional—que ahora cumple sus primeros cincuenta años. En ellos ha tenido que salvar difíciles circunstancias políticas, sociales y bélicas; tanto en el propio país como en el ámbito internacional, en las que el petróleo, además de materia prima imprescindible, sería un auténtico protagonista.